CAPITULO VIII

Cobardia y Valor.—Huida de Comonfort.—El Humorismo de Juarez.—El Gobierno Constitucional en Guadalajara.—Derrota de Salamanca.—Pronunciamiento de Landa.—Consejo de Ministros.—Se Reciben Noticias de Parrodi.—El "Gallo de la Reforma."—La Verdadera Situacion.—Juarez Prisionero.—Tiroteo y Armisticio.—Por Salvar a Juarez.—Ante la Muerte.—El Poeta y el Republico.—Landa Capitula.—Salida de Guadalajara Rumbo a Manzanillo.—Llegada a Veracruz.—Manifiesto de 5 de Mayo.—Recepcion Patriotica.

Comonfort había huído de la República, como dijimos en otra parte, *(Cap. V.)* abandonándolo todo en manos del Ministro de Gobernación, presa de un terror injustificado, y poniendo una vez más de manifiesto la verdad del proloquio de los hombres de guerra y aventuras, según el cual, "no hay terror tan ridículo como el de los hombres valientes." Por una razón psicológica correlativa, los cobardes suelen mostrarse animosos en extremos casos: Cicerón—que fama no gozaba de valiente—en la llanura rocosa de Gaeta, divisa á los lictores que se aproximan. Sin hacer esfuerzo alguno por salvarse, manda detener la litera que le conducía; y sacando de ella la cabeza, presenta el cuello

desnudo á uno de los sicarios, diciéndole con tranquilidad: "lictor, muestra cómo sabes herir." En cambio, Demóstenes, valiente y aguerrido, murió como un cobarde.

Pero, digámoslo de una vez, no hacemos ahora mérito de la muerte de Comonfort. Esta fué digna de él, de su brillante pasado militar. Murió heroicamente, lidiando por la buena causa. ¡Compensación piadosa del destino!

Cualquiera otro, sin el temple de acero del ex-gobernador de Oajaca, hubiera vacilado cien veces en aceptar un cargo que consigo llevaba lucha desigual, la derrota probable, penalidades seguras, quizás un fin desastroso.

A la caída de Comonfort, Juárez nó recogió las ruinas de una gobierno, para huir á Guanajuato; recogió ideas, para con ellas salvar á la Nación. Todo el bagaje, todos los tesoros del legado, cabían ampliamente en su cerebro y en sus alforjas. Lo que había de externo en la obra que pronto principiaría á realizarse, gravitaría á él, convirtiéndole en centro de absorción. La Nación le adivinaba. Bien sabía—sabíalo por intuición—que lo que "á él" llegara bajo la forma material de elementos de guerra y de gobierno en día no remoto saldría "de él" convertido en oleadas de luz purificante—tras de horrible tragedia, en que el odio ardería en pebeteros calcinados al fuego de las pasiones. ¡La regeneración nacería entre los estertores de la República espirante! Y Juárez lo sabía, veía el peligro, la tormenta avanzar, y—¡permanecía indiferente y sereno!

A las veces se escapaban de sus labios frases de destemplado humorismo. Cuando supo de la derrota de SALAMANCA, fatal para la causa que defendía, exclamó haciendo casi un *chiste socratico*: "le han quitado una pluma á nuestro gallo."—Refiere Platón, que después de haberse paseado Sócrates en el aposento hasta sentir pesadas las piernas, lo cual significaba que la sicuta principiaba á ejercer su acción mortífera, se tendió en el lecho siguiendo las instrucciones del verdugo. La insensibilidad y el frío que le habían principiado por las extremidades inferiores, llegábanle ya al corazón: el gran filósofo espiraba. Conteniendo el llanto á duras penas, el patricio Critón le interrogaba una

vez más con voz y miradas, deseando anhelosamente la oportunidad de poder todavía hacerle algún *gran bien*, un bien inmenso al maestro querido, en aquella hora de la catástrofe suprema. Los labios del moribundo se entreabrieron. ¿Iba á salir de ellos el tan deseado encargo?—Sí; he aquí lo que dijo, en frase cabalística para la filosofía, pero muy explicable como un simple *chiste socratico:*"—"Critón, le debo un gallo á Esculapio!....." Mal chiste, en efecto, tan malo como el de Juárez; pero, no es por ahí por donde se inmortalizan hombres como Juárez y Sócrates. (*)

Mientras el General D. Felix M. Zuloaga se entretenía en la Metrópoli decretando la derogación de las leyes de desamortización y obvenciones parroquiales—como si semejantes naturales avances del progreso, fueran destructibles—el presidente en Guanajuato, recibía la adhesión de la mayor parte de los Estados de la República, y una contribución de sangre que puso en manos de su Secretario de la Guerra un efectivo de cerca de siete mil hombres de las tres armas, al mando del General Parrodi—Gobernador de Jalisco, y que fué quien invitó á los Estados para formar la coalición liberal.

¿Quién ignora los detalles de la desastrosa batalla de SALAMANCA, que sólo sirvió para poner una vez más de

Plinio el Mayor hizo también un chiste trágico, muy sin gracia, refiriéndose á uno de esos descendientes indignos de grandes hombres, que, con servilismo sacrílego, manchan su prosapia. Hablando del hijo de Cicerón--que en nada se pareció á su padre--dice que se embriagaba con exceso, y que hallándose en este estado, le arrojó una copa á Marco Agripa.--Y, por via de *chiste* añade, que "sin duda Cicerón (el hijo) bebiendo con exceso, pretendía vengarse arrebatándole la palma á Marco Antonio--asesino de su padre--el cual también cortejaba la gloria de ser gran bebedor.--*Sed nimirum hanc gloriam auferre Cicero voluit interfectori patris sui M. Antonio.*--A semejanza de Sixto Pompeyo, el hijo del gran orador de la República fué un vil parásito de Octavio Augusto.

--Otra "humorada terrible" del Sr. Juárez, fué referida en Monterrey á un amigo nuestro por un hombre del pueblo, que servía de cochero al Presidente cuando abandonó el Palacio de Gobierno en Agosto de 1864. Como el cochero fustigara mucho á los caballos para hacerles caminar más de prisa, sacó el presidente la cabeza por la portezüela, y con perfecta calma le dijo:

--Para qué les *pegas* tanto, ¿no ves que las balas les ván ya *pegando?*

La persona referida se llama Santos Gámez y hasta hace pocos años vivía en un rancho á inmediaciones de Monterrey.

relieve, que la buena voluntad y hasta "prendas excepcionales en el detalle," fracasan siempre, cuando las operaciones militares claudican por falta de unidad en el plan general, y de movimiento regular y preciso en la combinación de las diversas unidades? ¿De qué sirvió que desplegaran allí verdadero heroísmo, y hasta altas cualidades militares, media docena de jefes, y que sobre todos ellos descollara el caballeresco, valiente é instruido Coronel D. José Calderón, cuya muerte lamentaron por igual amigos y enemigos—puesto que unos y otros eran hermanos?

Entretanto, Juárez, después de organizar su ministerio y expedir el célebre manifiesto de 19 de Enero, abandonó á Guanajuato y se dirigió á Guadalajara---donde á la sazón se hallaba el General D. José Silverio Núñez al mando de las fuerzas liberales.—El 15 de Febrero de 1858, llegó á esta ciudad, acompañado de Ocampo, Guillermo Prieto, Degollado, Ruiz y Guzmán, ignorando todavía los resultados de la batalla de Salamanca.

Y de esta suerte una nueva peregrinación había principiado, iniciadora de grandes y trascendentales acontecimientos.

No emplearemos una crítica severa para juzgar este breve lapso de la vida del grande hombre; esto es, desde su llegada á la capital del Estado de Jalisco, hasta su embarco en Manzanillo. En primer lugar, no escribimos su biografía, y en segundo, el estudio imparcial, de dicho período, muestra la contradicción siguiente: los detalles, militarmente hablando, fueron en extremo defectuosos; el fin, políticamente considerado, fué feliz en extremo. Quizás la derrota de Salamanca y la traición de Landa, (*) anticiparon, cuando menos, el triunfo de la Reforma.

Por otra parte, el valor, la grandeza de alma, y hasta los hados del gran repúblico, estaban á punto de ponerse

A pesar de la plena seguridad que el caballeroso y valiente Gral. Núñez tenía de la lealtad del Coronel Landa, era un secreto á voces en Guadalajara, que este indigno jefe liberal se hallaba en *pourparlers* con algunos cabecillas del partido conservador, y que aprovecharía un momento oportuno para pronunciarse y traicionar su bandera. Para ser mucho más perjudicial y temible, no le faltó valor, ni arrojo, ni disimulo; sino talento. El General Zuazúa le fusiló en Zacatecas.

á prueba. Una página singular iba á escribirse en nuestra historia: el valor mudo de un gran patriota, y la elocuencia de un gran poeta, iban á oponerse en duelo terrible, al impulso homicida de un instante—impulso tanto más serio, cuanto que las causas determinantes fueron el pavor que se convierte en odio y la indecisión que degenera en crimen. Felizmente, en estos casos, la reacción es fácil, casi obligada, el menor esfuerzo ó incidente la producen.

La llegada del presidente liberal y su gobierno á Guadalajara—asiento natural si deleznable, de los Anti-Papas políticos—no causó mucha impresión, y á pesar del civismo del Gobernador Camarena y el no inferior del Jefe de las Armas y el de la Primera Autoridad Política, nadie podía ignorar que no era allí donde dable le sería establecer su gobierno; no tan sólo en definitiva, pero ni siquiera transitoriamente. Guadalajara, como Puebla, como Monterrey, como San Luis Potosí, era una carta-triunfo, destinada á cambiar de mano con demasiada frecuencia durante el período revolucionario. Era una estación de pillaje, un aguaje abundante, para calmar la sed de oro de los caudillos fatigados por correrías interminables.

Así es que, mientras el Sr. Juárez y sus Ministros ocupaban transitoriamente esta capital, las miradas de dos jefes de ejército se fijaban en ella. Cualquiera que fuese la fortuna que hallasen al encuentro, á ella acudirían.

Llega el día predestinado, y los ejércitos se baten con ese encono animal que caracteriza las guerras entre individuos de la misma raza. "Cuando los tigres cazan, apenas si se mueve las maleza; pero cuando luchan entre sí tiemblan los bosques," dice un novelista inglés. En las guerras civiles hasta los cobardes se convierten en tigres. Se cría cierta costumbre, cierta confianza asesinando compatriotas, siempre que se llenen los requisitos militares indispensables para hacerlo autorizadamente.

La batalla fué reñida y el triunfo fué del Gral. Osollo—á quien, como antes digimos, indultó Comonfort generosamente, cuando cayó en su poder herido y prisionero, después de la acción del Cerro de la Magdalena. Recuérdese

que Osollo era entonces el jefe más distinguido de la reacción; no tanto por su pericia militar, cuanto por su adusta energía y firmeza de ideas. Era uno de esos hombres á quienes no seduce el oro, y hasta la gratitud se embota en el escudo de sus principios acerados. Si no agradecen—en pugna la gratitud con sus principios—no es por malignidad, sino por virtud. Desde este punto de vista, el Gral. Osollo fué muy superior á Miramón y á los demás caudillos reaccionarios. Por eso gozaba de justa celebridad entre los suyos, y los mismos enemigos le respetaban. Si en la batalla de la Magdalena hubiera perecido, si hubiera perecido en manos de Comonfort ¡cuánto camino ahorrado para la Reforma y el triunfo definitivo de las ideas liberales! Por otra parte, fué gran fortuna que el jefe que nos ocupa no poseyera de Miramón las altas dotes militares.

Parrodi, vencido, se retiró del campo y se dirigió á Guadalajara; Osollo, vencedor, se dirigió también á Guadalajara—detrás de Parrodi. Dos días de marcha, ó sea unos cien kilómetros, les separaban.

Entretanto, el gobierno liberal, como hemos dicho, se había instalado en la capital de Jalisco, tomando posesión del Palacio. El jefe del Estado, Lic. Jesús Camarena, así como el Jefe Político, Lic. Miguel Contreras Medellín, y el de las armas, Gral. José Silverio Núnez, eran completamente adictos al Presidente. La ciudad hallábase resguardada por el 5° de línea (medio batallón), al mando del Coronel Antonio Landa, por los batallones de Guardia Nacional y la "Policía de Seguridad." Además, el gobernador podía contar con prontos refuerzos de pueblos inmediatos.

Expuesta así la situación, nada tenía de desesperada: ni aun resultando ciertos los rumores acerca de la posible defección del Coronel del 5° de línea; mas, si se toma en cuenta que la fortuna de una sola batalla iba á decidir el afianzamiento (ó al menos triunfo completo) de los reaccionarios de Zuloaga; ó bien señalaría el principio del fin de su gobierno, sin esfuerzo se comprenderá lo angustiado de la situación de Juárez. Si los conservadores se llevaban la palma en Salamanca, la situación de Juarez era

insostenible y su aislamiento absoluto, si los liberales obtenían la victoria, solamente se habría avanzado un paso adelante. Probablemente Parrodi y el Gobierno hubiéranse dirigido rumbo á Méjico, y Osollo y los suyos hacia Guadalajara. La suerte de Juárez era, pues, la más precaria; pero no por ello perdía ánimo, ni confianza en la resolución favorable del gran problema de su vida. Cuando recibió el pliego que le anunciaba la derrota de Parrodi; se hallaba en junta de ministros; su puño no temblaba, y fué entonces cuando, con calma glacial, desafiando con sarcasmo agrio á la adversidad, casi insultándola, pronunció la célebre frase: "¡LE HAN QUITADO UNA PLUMA A NUESTRO GALLO!"

Juárez tenía razón; aunque, en realidad, exageraba: "ni una sola pluma" habíale quitado Salamanca al GALLO DE LA REFORMA, que un día aletearía victorioso en el Palacio Nacional de Méjico; y su canto de guerra y de triunfo resonaría por toda la República, haciendo estremecer de regocijo y esperanza todos los corazones mejicanos. Quizás el "GALLO DE LA REFORMA," en nuestro estandarte, lograría lo que imposible ha sido para el AGUILA: despedazar la serpiente de la tiranía, que con anillos de hierro ciñéndola y babeante, ensucia y asfixia la República. ¡Ah, libertad, libertad, palabra sin la cual, decía Tomás Payne, todas las demás voces carecen de sentido!

En la misma sesión referida y á tiempo que la fatal noticia se comentaba, presentóse el Jefe Político, Lic. Contreras Medellín, anunciando que el Coronel Landa se acababa de pronunciar en el cuartel de La Universidad. El valiente general Núñez, que sin pérdida de tiempo se dirigió al cuartel para informarse de la verdad de lo ocurrido, fué herido por sus subalternos y hecho prisionero. La fuerza del 5o., que daba la guardia de honor al Supremo Magistrado, en Palacio, se pronunció á la entrada del Cuerpo de Guardia Hizo fuego sobre éste, invadió el piso superior del edificio, donde el Presidente y sus ministros se hallaban; redújose á estos á prisión colmándoles de insultos y amenazas; hasta que, triunfantes sin resistencia seria los pronun-

ciados, pudo restablecerse el orden. Los prisioneros quedaron custodiados con centinelas de vista.

Landa, conforme á la usanza del tiempo, puso en libertad á la prisión, haciendo soldados de bandidos, y así reforzado, ocupó posesiones estratégicas y se parapetó con sus tropas lo mejor que supo y pudo. Tras prolongado tiroteo se abrió un armisticio, y durante éste ocurrió un incidente lamentable. Dos oficiales de Guardia Nacional, D. Miguel Cruz Aedo y D. Antonio Molina, concibieron el audaz, mejor dicho, el descabellado proyecto de libertar á los ilustres prisioneros, cuando en realidad no corrían riesgo alguno, á pesar de las bravatas, (contestadas por el Gobernador con dignidad y firmeza), del representante de Landa en el parlamento de San Agustín. No se ignoraba que Parrodi estaba cerca; y, en realidad, Landa era el prisionero en Palacio. Salir del hoyo era cuanto más podía esperar en sus difíciles circunstancias. Juárez bien lo sabía, por eso al demandarle Landa, con amenaza, que ordenara cesar los fuegos á los liberales, despreció esta, y se contentó con contestar, "que estaba preso y por lo tanto no podía dar órdenes."

Pero la situación fué bien distinta, cuando Cruz Aedo asaltó á los pronunciados en Palacio. El cuerpo de guardia apenas si tuvo tiempo para armarse, rechazar el impetuoso ataque y cerrar el zaguán á toda prisa. La alarma, el pánico, el desorden, se extendieron instantáneamente por todo el edificio. Y ocurrió, lo que era natural que hubiese ocurrido: una explosión de odio salvaje contra los ilustres prisioneros. Sin darse cuenta, quizás, de lo que hacía, el capitán Peraza, á cuya vigilancia hallábanse encargados aquéllos, dió orden al teniente Filomeno Bravo que los fusilara. Este—uno de los reos libertados por Landa á que antes aludimos—no se la hizo repetir, sino que, al mando de veinte hombres, trató de ejecutar la bárbara consigna, fusilando á los prisioneros en masa.

Hombres eran, avezados con los peligros, familiarizados con la muerte y los horrores todos de la guerra civil, los compañeros del Gran Patriota; pero en aquellos instantes

supremos en que iban á caer víctimas de un atentado enorme, sintieron sus fuerzas debilitarse, desmedrar su ánimo, y se apresuraron á refugiarse en las piezas contiguas á la que había sido invadida por una soldadesca brutal é indiferente á los sacrificios sangrientos. Juárez permaneció en su sitio, en el dintel de una puerta: inconmovible, frío, con la arrogancia sombría del valor que no altera el pulso. A tiempo que el militar mandaba preparar las armas para hacer fuego y derribar á aquella estátua viva—que era la Patria, ¡la Patria misma en aquellos momentos de angustia suprema para la libertad y la República!—Guillermo Prieto, el poeta, el patriota de corazón de fuego que se había colocado frente á Juárez, hablaba, hablaba á la canalla con frases candentes, hasta conmoverla, hasta electrizarla....—Juárez permanecía mudo, permanecía mudo y sereno, como ante una cámara fotográfica.

Hubo un instante de vacilación, de enternecimiento quizás, en el ánimo de Bravo; y por ese resquicio se introdujo rápida la reflexión que salva: Juárez y la Reforma se habían salvado.

Como era de esperarse, Landa se vió obligado á capitular bajo las mejores condiciones que obtener pudo, y salió de Guadalajara. Poco después, Juárez también abandonó la ciudad, sin precauciones de ninguna especie; y á punto estuvo de haber sido hecho prisionero por el mismo Landa, en Santa Ana Acatlán. Pero Juárez no corría entonces riesgo alguno: iba en comisión del Destino.—"Nada temas, llevas á César," dijo el vencedor de Pompeyo, hecho ya el pacto con la fortuna de las batallas.

En Manzanillo nombra ministro de la guerra al General D. Santos Degollado, y se embarca rumbo á Panamá. Días después, el 4 de Mayo de 1858, llega á Veracruz, y el 5 del mismo mes y año, Ocampo anuncia á los gobernadores de los Estados la peregrinación última del gran repúblico y su gabinete, hasta su arribo á Veracruz. El Gobernador Gutiérrez Zamora, insigne hijo del Estado, les había recibido con los honores debidos á su alta gerarquía política.